ECOS DE LA VIDA LITERARIA

Al margen

LA GENERACION QUEMADA

Buena la hicieron Ortega, Petersen, Salinas, con eso de las generaciones y bien que la armaron, explorando metódicamente el tema cuando mediaba el siglo, los Laín y Marías y Díaz-Plaja, mas la inacabable legión que se trajeron por tal camino. Tanto, que no concibes escritor alguno libre del marchamo generacional, librado de quintas (aunque a favor de esa leva literaria cuente que el rasero no es de uno, como en la mili, sino de quince años). Teníamos la del 98, que se sacó Azorín de la manga y no hay ya, urbi et orbe, quién la mueva, si no es que los tratadistas le desgajaron el Modernismo; contaba en mis mocedades la de «España» y «La Pluma», y «El Sol», la generación del 15, milésimo ahora en desuso, mientras fijada en bronces queda la de los poetas de la Dictadura, generación del 25 o, no con fundamento mejor, del 27. Vinieron luego los formalistas de la Juventud creadora, los narradores y poetas protestarios (la generación de los concursos, para entendernos) del feliz 50, el realismo crítico del 60... Casi una ya por temporada, pues al galope que lleva el mundo las generaciones se suceden en un amén Jesús. Medias docenas, decenas de quintas escritoras. En la fiebre del etiquetaje, sin marbete sólo iba quedando un espacio generacional: los escritores entre cuarenta y cinco y sesenta otoños al presente. Y no digo sin voz ni voto, si ellos son cabalmente quienes sacaron de pila y aparejaron reflectores y distribuyen todavía patentes, pero si cuidadosamente arropada en cortina fumógena, por los jóvenes maestros, su obra creadora, su significación literaria.

Pero nada de caras largas, queridos cofrades, puesto que también para vosotros han troquelado chapa: sois, somos, la generación del 36. Aunque no la aplicación y camaradería, y si una leve diferencia de edad y mejor conocimiento del mundo (y muy otra experiencia humana, luego), os separaran de la generación del 27; y pese a que, para esa fecha que os gratifican, vuestra actividad literaria registrase no pocas horas de vuelo. ¿Generación del 36? A lo más, esa fecha fatídica en nuestra condición de ciudadanos, no de escritores, marcaría lo contrario de un denominador de grupo. Decid los estudiantes o jóvenes graduados de la Dictadura, de Berenguer y la República, de la FUE (o los estudiantes católicos, la AET), las juventudes falangistas o socialistas; los formados en Ortega y Morente y también la tropa vanguardista; los que se despeaban por la piel de toro —como muy luego con distinto afán— en acopio de cantares y decires, en misiones pedagógicas y activización del viejo teatro; el manipulo de becarios y lectores en centros extranjeros: aquella hermandad intelectual que demasiado tarda en volver. ¿Generación literaria del 36? Poned un mismo y grave destino humano, una quiebra en la incipiente dedicación profesional, unas quintas diezmadas, un común y cogitativo talante a la salida: cosas que poco tienen que ver con un grupo literario, ni con una voluntad testimonial. Máxime cuando la literatura de unos y otros, en muy diversos lugares y circunstancias no correspondía a módulos parejos y todavía hoy, a los treinta años, raros son quienes tengan idea conjunta, cabal, de tan dispersa y atomizada producción literaria.

Pero, en fin, todo sea por el método y a beneficio de futuros bachilleres. Aquí están los del 36. Y aquí «Insula» dedicándoles, dedicándose, un doble número. Donde Guillermo de Torre, Gullón, Pérez Minik, Marra López, Helio Carpin-Caballero Bonald, Valente y alguno más, se aplican a perfilar y definir la supuesta generación, en la narrativa, la poesía, el teatro, los estudios filosóficos e históricos, la investigación, el ensayo y la crítica. Donde otra veintena de ingenios, de edad dispar si con mayoría de los «encartados», se pronuncia en orden a esta doble cuestión: ¿qué rasgos definen y qué experiencia o talante caracterizan a esa generación, supuesto que exista?; y, siempre en este caso, ¿representa alguna aportación de interés para las letras españolas?

No desesperen, pues, «los del 36». Con hierro distintivo o no, bien va que se empiece a admitir que entre dos generaciones solares, y por lo menos hasta el «Pascual Duarte» (a cuyo autor se incluye, por lo demás, en los treintaiseisañeros), no existió el vacío metafísico, literariamente hablando. Y que el centenar largo de representantes de aquélla que la revista madrileña trae a colación, algo han hecho y siguen haciendo por la república literaria. Repasen la lista y sabrán decirme si son pocos los que, por modo nada saltuario ni adjetivo han tenido muy decidida parte en despertar y alentar vocaciones, clarificar ideas, afinar gustos, abrir derroteros y corroborar actitudes, amén de aprontar un instrumento expresivo y hacerse ejemplo de probidad intelectual, respecto de las sucesivas promociones. Y cuando se habla de los fondos bibliográficos desaparecidos, del aislamiento cultural y la escasa curiosidad intelectual de la posguerra, claro está que esas tachas serán imputables a factores múltiples (y a los educadores en no chica parte); pero en ningún caso a los escritores «del 36», que ellos sí conocieron esos fondos, habían practicado las literaturas y mantuvieron siempre vigilante curiosidad. A tal punto, que obra suya —con revistas y acción editorial, con asociaciones e iniciativas de vario orden, con su pluma y su palabra— fue el puente que aseguró una continuidad cultural y el motor que ll[illegible] a los nuevos logros. Si esto es «escapismo»... Una generación quemada, y a mucha honra. Puesto a elegir, mejor ser fuego que caldero. — M.

REALIDAD Y LITERATURA

UN PUEBLO EN UNA NOVELA

Si por extrañísimo conjuro surgiese del «Madoz» un pueblo que representase, a todos los incluidos en tan famoso «Diccionario» — romántico a su manera, aunque sólo fuese por razón de época, muy atenta al color múltiple de España —, es que ese pueblo, abstraído y sintético, se pareciese mucho al novelado ahora por Francisco García Pavón en «Los liberales», no obstante la concretísima localización de su asunto en el tiempo y en el espacio: en el Tomelloso de la República y de nuestra guerra. Pero bajo una determinante geográfico-militar por la que la tierra manchega permaneció relativamente a salvo de los choques bélicos, ya que no del traumatismo moral. Esta circunstancia singulariza la novela de García Pavón en el copioso repertorio de novelas inspiradas, directa o indirectamente, por la airada musa, azarosa y dramática, que es propia de los años 1931-1939. De tal suerte que los rasgos definitorios de ese período someten a distinta prueba a los españoles, en tensión diferente a la propia de combatientes en el frente de guerra y en la retaguardia más o menos distante.

El autor, puesto a novelar, a interpretar novelísticamente realidades inmediatas de su pueblo y su comarca, ha tenido que atender mucho más a lo sicológico, en una relativa normalidad, que a lo épico y romancesco. En tesis general, lo heroico carece de color local, y en el escenario de «Los liberales», prevalece la reacción humana de los vecinos — inquietados, con el alma en vilo, pero en menor grado que no pocos kilómetros más allá — sobre lo excepcional del momento histórico. El pueblo se hace visible en el relato, como tal pueblo, pueblo auténtico, por alterado que se sienta en su entraña. Un pueblo, reconocible en su vivir cotidiano, y todos los elementos que maneja el novelista podrían componer un cuadro de costumbres si García Pavón no calase hondo en sus personajes y en la tierra misma que los sustenta, que los mantiene en pie... mientras no cae alguno por la revolución roja, allí tal vez atenuada, pero de todos modos cierta y cruenta. La Historia se asoma a un pueblo castellano, pero en términos ajenos a viejas crónicas.

La localización de «Los liberales» en un lugar de la Mancha y no en otro cualquiera de la vasta y estremecida España, impone a García Pavón un extraordinario acarreo de materiales extraídos de la realidad misma, empezando por el lenguaje: un lenguaje coloquial, popular, espontáneo, directo, y al transcribirlo en toda su plasticidad e inevitable aspereza anima poderosamente el diálogo y a su través la novela propiamente dicha. Es de notar, en relación con el diálogo, frecuentísimo, cortado, vivaz, como suele hablarse por gentes resabiadas de literatura, que los personajes se definen por sí solos, como cabría exigir en una obra teatral. Pero como no es ese el molde escogido, el novelista cuida, con certeras intervenciones, del ambiente, de la situación, de los caracteres y tipos que moviliza y describe para que todos se conjuguen en la unidad peculiar del arte narrativo. De ahí que las gentes hablen en sazón oportuna, y que el aire que respiran sea respirado por el lector a la vez, objetivo que no se alcanzaría si las descripciones no se insertaran en el hilo de la acción, con vigor, con delicadeza, con ironía, con acritud, con ternura, según el momento, en la vida del pueblo, bien dotado de quiebros y matices.

En virtud de un lenguaje sabroso y coloreado, sensible al aire de cada pasaje, «Los liberales» ofrecen un interés incuestionable, desde el punto de vista técnico, al filólogo a la vez que al lector, perfectamente informado acerca de cada cual, porque García Pavón maneja su prosa como un instrumento de precisión y penetrante sondeo. Larvadas o inconscientes, dominan las preocupaciones creadas por la Historia que también en aquellos lugares se está escribiendo, sólo que a distinta escala, y al empuje que a personas y cosas da la capacidad de observación, realista o neorrealista, y de reelaboración literaria, con el acento muy personal del autor, se debe el ascenso de lo vivido a lo transfigurado, causa de la dimensión de profundidad plenamente lograda que García Pavón, más aún en «Los liberales» que en cualquier obra suya anterior. Recordemos, a partir de «Cerca de Oviedo», «Cuentos de mamá», «Las campanas de Tirteafuera» y, sobre todo, «Cuentos republicanos», donde pone en juego análogos resortes en punto a lo lingüístico, lírico, descriptivo, social y sicológico, con el equilibrio y transparencia de visión que hacen de «Los liberales» una novela testimonial genuina. Quien relata es un niño: el niño que fue García Pavón, que se enteraba de todo cuando empezaba a querer afeitarse, y absorbía con fruición la crónica del lugar según el relato de doña Nati, «personaje importantísimo para mi sensibilidad», comienza por decir el autor; personaje importantísimo, insistamos por nuestra cuenta, para la novela que nos brinda en «Los liberales». Novela nutrida de cuentos que responden a la unidad corroborada en el conjunto, sin otro protagonista que el pueblo todo, si bien se desplace el eje de episodio en episodio.

En «Los liberales», la suma de anécdotas dan un total categórico. No en balde hablábamos antes de profundidad, porque si cada personaje la trasluce en la gradación conveniente, el repertorio temático la confirma mediante antítesis: el amor y el deseo, la sensatez y el delirio, la paz y la guerra, la vida y la muerte... La muerte, en cualquiera de sus aspectos, gravita sobre estos hombres — aludimos principalmente a los de formación liberal, enemigos de toda violencia — e inspira al autor las páginas mejores, a nuestro juicio, de su novela, tornasolada por la realidad cambiante en los personajes que examina, sin olvidar los «extras», si se nos permite utilizar la jerga de los estudios cinematográficos. Por ejemplo, María la Foca: «Era ésta una pobre de pedir, celestina de carne baratísima, perita en chachas, en cuartillejeras y viejos rijosos. Venía a traer un secreto mensaje a la Pepa. Gruesa, casi negra, con un ojo en álgara y otro lagrimeante; bigotuda a lo chino, se apoyaba en un sucio bastón de palo de horca. El pelo, entre gris y aceitoso, le asomaba bajo el pañuelo negro, sucio, hecho gorro. Guiñando el ojo acuático y mordiendo golosamente las palabras, dijo a la pobre Pepa que aquella misma tarde los rusos se iban a Rusia sin dar cuenta a nadie...». Pensamos en Eugenio Noel, sobre todo, en el de «Las siete cucas», y en un cierto paralelismo con la pintura de Solana: línea de patente tradición clásica, a la que no son ajenos ni Quevedo ni Goya, y que es preciso evocar para que el lector se forme idea, por vía sumarísima, de esta novela; por otra parte, rica en aspectos: desde lo jocoso hasta lo escatológico, en su doble acepción.

De la crudeza a la dulzura, podríamos decir asimismo, sirviéndonos de términos usados por el autor en el título de uno de los capítulos más representativos de «Los liberales»: «Donde se cuenta con crudeza y dulzura juntamente el parto de la Cienfuegos en la Nochebuena de 1938». Ese estilo de «pliegos de cordel» o «romance de ciego» que Valle-Inclán hubo de recrear transfigurándolo, no impregna tanto los textos de García Pavón como los títulos respectivos. Ni aquí ni en otras partes del libro: «Viene ahora la tristísima historia de los evacuados de Bujalance, con unas coplas finales», o «Ahora se relata el raro destino de los toros para la corrida del 19 de julio de 1936, con algunas disquisiciones y recuerdos»: aditamento éste que contribuye a cualificar el sentido de los relatos, en general, al estilizar truculencias y deliberadas sensaciones de lo grotesco, mediante la aportación de otros factores introspectivos y líricos. El autor prefiere, en la mayoría de los casos, la traza normal del arte narrativo, timbrada siempre con el sello de su estilo propio.

Diez días nada menos duró la agonía de doña Nati, baluarte al fin rendido. Y es en las páginas a propósito de ese decisivo trance donde se hallan, repetimos, los más acertados testimonios del concepto novelístico de García Pavón. Y culminan los impresionantes efectos que el autor se propone en la historia del ataúd en que doña Nati fue enterrada, y en la de la «exhumación osaria» de sus antepasados, en mezcla admirablemente lograda de los más varios ingredientes, siempre bajo el signo popular, folklórico y humano. Obsesión macabra que, mirada a fondo, no lo es, sino escape ascético muy a la española.

De la Real Academia Española
M. FERNANDEZ ALMAGRO

MESA DE REDACCION

¡LA PROXIMA PASCUA EN JERUSALEN!

En memoria de su hijo, caído en la guerra de liberación de Israel, el banquero Hans Kroch ha ideado una reconstrucción a escala de la Ciudad Santa según debía de ser en el año 66 de nuestra era, en vísperas de ser destruida por Tito. Mármoles de tres tonalidades, seis millones de teselas, pavimento que reproduce el de la época y la obra de dos escultores y un equipo de arqueólogos dirigidos por el profesor Mijael Avi-Yona, han sido puestos a contribución para esta obra que se inaugurará para Pascua de 1966, exactamente a los diecinueve siglos de la época que, erigida en una colina de las afueras de la ciudad, quiere conmemorar esta Jerusalén en miniatura (no tan miniatura si sus murallas desarrollan un perímetro de casi 300 metros), con su Templo, palacios y torreones, sus plazas y termas y estatuas, e incluso los arroyos Cedrón y Shiloé. Tan minuciosa y germánicamente ejecutada que, según suele suceder, más tiene de la Jerusalén celeste, la ideal, que de la histórica. Pues a los testimonios de la Mishná y de Flavio Josefo añade, para el alzado del Templo, las imágenes que del mismo dan las monedas de Bar Kojba y los portales de la sinagoga de Dura Europos (que es del siglo III, y a orillas del Eufrates), como para modelo de los edificios de la acrópolis se han inspirado en los de Pompeya y Delos... ¡y en el «circo romano de Barcelona»!

96 VELAS PARA LA ESCALA

Se acerca el cumpleaños de quien, como doña Catalina Albert Paradís, comparte con don Ramón Menéndez Pidal el decanato de las letras hispanas. El sábado, día 11, representaciones de la cultura y la vida catalanas confluirán en la localidad ampurdanesa de La Escala — única población regida por un artista, el pintor Massanet — para tributar sencillo y cálido homenaje a la autora de «Solitud».

AFICIONADOS, ¿CUANTOS?

«La incompetencia del español medio en materia de toros es asombrosa». Así dice Hervé Lauwick, un gabacho que conoció a Fuentes y Mazzantini, a «Bombita», «Machaquito», «Joselito» y el primer «Dominguín», experimentando con sus propios huesos algún revolcón. Para el colaborador del «Figaro Littéraire», los verdaderos aficionados no pasan de 300 en Bayona (incluyendo ricachos de San Sebastián, gentes del oficio y aficionados de Dax y Mont-de-Marsan), otros tantos entre Arlés y Nimes, medio centenar en Toulouse y algo por el estilo en Frèjus, «incluyendo a Picasso, que de toros entiende como los pinta: muy vagamente». Y no va mucho mejor en la propia España. Incluso en Madrid, en la catedral de la tauromaquia que es Las Ventas, son legión los que van por el «suspense», en inconfesable espera del accidente del indiestro pero temerario ye-yé.

EL MATRIMONIO, ESE GRAN MISTERIO
por el Dr. T. Bovet
Manual para matrimonios y su consejo
Traducido en seguida a ocho idiomas, vendidos solamente en Alemania, 200.000 ejemplares, una venta récord
Un tomo encuadernado ... 100 Ptas.
Boletín de Pedido — Nombre ...
Dirección ...
Población ...
Título del libro ...
Fomento de Cultura Ediciones, Dr. Vila Barberá, 12. Valencia

el LIBRO *es el mejor amigo del* HOMBRE

LA MAGIA 130 Pts.
por JOAQUIN GRAU
De la alquimia al psicoanálisis, un sensacional recorrido por insólitos secretos de la Historia. 32 págs. de fotografías.
Colección EL MUNDO Y EL HOMBRE

EL FBI DESCONOCIDO 200 Pts.
por FRED J. COOK
El auténtico rostro del FBI, diferente en muchos puntos a la versión de la propaganda oficial. Un libro fascinante.
Colección CIRCULO ROJO

MI METODO DE DEFENSA PERSONAL 115 Pts.
por M. KAWAISHI - 7.° DAN
Las enseñanzas de la lucha japonesa al alcance de todos, en exposición práctica para la propia salvaguardia.
Colección IRIS

EDITORIAL BRUGUERA. S.A.
SETIEMBRE 1965

el LIBRO *es el mejor amigo del* HOMBRE